



El príncipe constante

Cuando, en 1966, Jerzy Grotowski viene a mostrar el fruto de sus investigaciones en París, la crítica francesa manifiesta, en su propio anonadamiento, un impacto en cierto modo comparable al que el director polaco deseaba para los espectadores de sus montajes. La obra elegida por Grotowski era *El príncipe constante*, de Calderón de la Barca, y su puesta en escena realizaba plenamente el ideal dramático del visionario Artaud y establecía nítidamente una de las líneas seguidas en adelante por el teatro de la Vanguardia Experimental, de hondo carácter revolucionario en tanto que radicalmente experimentador de procedimientos escénicos indagadores de una teatralidad derivada del cuerpo del actor y de su relación íntima con el espectador.

En realidad, la idea de un teatro de alcance intensamente espiritual, exaltador de ideales ascéticos y, sin embargo, sólidamente apoyado en una gestualidad y una plástica propiciadoras de una repercusión orgánica en el público, se hallaba perfectamente contenida en el texto calderoniano y (desde una consideración dispuesta a reconocer la competencia espectacular, esencialmente escénica, de nuestro dramaturgo) cabía pensar que también en el propio proyecto creador de Calderón. Pues bien, la edición que ahora realizan los profesores Rodríguez López-Vázquez y Cantalapiedra patentiza de manera incontrovertible este último hecho, así como la posesión, por parte del genial dramaturgo barroco, de una concepción teatral que, de manera textualmente explícita, confiere a esta obra las notas de modernidad y de específica teatralidad que Grotowski fue capaz de descubrir.

Precisamente, el trabajo de crítica textual llevado a cabo por los editores constituye el primer rasgo diferenciador de su excelente labor. La versión que éstos publican, procedente del manuscrito núm. 15.159 de la Biblioteca Nacional de Madrid, no había sido entregada a la stampa hasta ahora, pero no es esta circunstancia la única que determina su elección por parte de los citados investigadores. En efecto, tanto Alfredo Rodríguez López-Vázquez como Fernando Cantalapiedra están contribuyendo, con sendas obras tan copiosas como dotadas de rigor científico, a la revisión de trascendentales cuestiones de autoría y teatralidad que afectan al universo, tan profusamente estudiado cuanto, con frecuencia, insuficientemente cuestionado, del estudio de nuestro teatro clásico. La nota diferencial más sobresaliente de la corriente crítica, metodológicamente eficaz y, a la vez, abierta a puntos de vista novedosos, de la que ellos forman parte es, quizá, la atención preferente hacia los rasgos de una teatralidad de raigambre fundamentalmente escénica, que, sin embargo, la distancia temporal obliga a inferir de unos textos creados precisamente con esa voluntad espectacular que la crítica tradicional había venido ignorando sistemáticamente. Desde esta perspectiva, han sido también razones relacionadas primordialmente con el funcionamiento escénico de *El príncipe constante* las que han decidido a los editores a elegir una versión textual que, en efecto, “consta de unos doscientos versos más que las ediciones impresas y contiene pasajes textuales claramente diferentes” de las que, hasta hoy, habían constituido los textos básicos para las ediciones modernas; pero, sobre todo, contiene un conjunto de acotaciones que ya habían suscitado la admiración de, entre otros, Alberto Porqueras Mayo y que constituyen precisamente la manifestación



fehaciente de la idea teatral de Calderón, genialmente intuida más tarde por Grotowski. En la parte final del libro se incluye, no obstante, un aparato crítico que da cuenta de todas las variantes textuales que, con respecto a la versión ahora publicada, contienen la edición príncipe de 1636, la de 1685 y la publicada en Lisboa en 1652, las cuales habían ofrecido la base textual para las ediciones posteriores.

El estudio que acompaña al texto calderoniano es, asimismo, ejemplar por varios conceptos. Sus principios ordenadores parecen ser, de un lado, el examen riguroso de las condiciones de la teatralidad de la obra previstas por Calderón e indicadas con profusión en el texto (especialmente, en la sublime jornada tercera); de otro, la utilización, eficaz y contenida, de los instrumentos analíticos que la investigación semiótica ha aportado al estudio del teatro en los últimos años, con bien probada eficacia manifestada en los repertorios bibliográficos que el profesor José Romera Castillo ha venido publicando con minuciosidad y regularidad dignas de todo elogio.

En relación con el primer aspecto, las notas situadas a pie de página deparan una interpretación de la obra que, a la vez que manifiesta fielmente el objetivo de clarificación histórica, cultural y literario-teatral al que responden las notas habituales en este tipo de ediciones, se apoya en una lectura rigurosa de las didascalias intrínsecas y extrínsecas, para extraer del propio texto las condiciones de una teatralidad que se muestra así asombrosamente desplegada en el ámbito propio de la representación de la obra, a través de trascendentales referencias al espacio, a la proxémica actoral, al tiempo dramático, al cromatismo, a la luz, a los efectos sonoros y a todo el conjunto de elementos conformadores del denominado texto espectacular.

La introducción, por su parte, aborda un conjunto de cuestiones que, en algunos casos, merecerían un espacio más extenso, pero que en su propia enunciación, necesariamente reducida a los límites de la colección en la que esta edición se inscribe, plantean, a veces con rotunda exigencia de revisión, cuestiones relativas a la cronología de la obra (que, a su vez, afectan a la datación del conjunto de la creación calderoniana y al estudio de los tópicos de las escuelas teatrales barrocas), a la recepción del texto desde su aparición hasta nuestros días, a la construcción de los personajes, a las fuentes temáticas y compositivas en las que se apoya Calderón, a la organización retórica del lenguaje poético y, sobre todo, a la construcción espectacular, que los autores presentan organizada a través de una sucesión de escenogramas que dan cuenta adecuada (si bien, susceptible de un posterior y más extenso estudio) de la progresión dramática del conflicto y de la anécdota narrativa de esta obra cumbre de nuestro teatro áureo.

Manuel Pérez Jiménez *

* Reseña publicada inicialmente en *Teatro (Revista de Estudios Teatrales)* 11, 1997.



Reseña

Año: 1996
Autoría: Pedro Calderón de la Barca

Ficha bibliográfica: CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro (1996). *El príncipe constante*. Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas, núm. 415). Edición de Fernando Cantalapiedra y Alfredo Rodríguez López-Vázquez